

EL CHIVO EXPIATORIO Y OTRAS CRIATURAS FEROCES

Pido disculpas por la nula originalidad a la hora de escoger el título del escrito, por el recurso simple y facilón de las frases hechas. A uno siempre le cuesta etiquetar con brevedad y contundencia lo que surge de sus limitadas neuronas, que se estrujan casi siempre en vano para obtener un titular impactante y estremecedor que impulse a una inmediata lectura. Pero sobre todo resulta irresistible cuando el tema gira en torno a la tan usada y abusada figura del dictador, recurrir a la no menos manoseada “chivo expiatorio” ya que encierra una evidente certeza cuando se le aplica a la figura del déspota, del tirano: en apariencia encarnación todopoderosa y casi telúrica de esa abstracción aplastante que llamamos el poder, en la práctica, un juguete e instrumento ciego de fuerzas que escapan a su poder.

Vargas Llosa en *La fiesta del chivo* nos muestra por enésima vez, el tópico común de lo que debe ser la idea del dictador que se moldee en los respetables cráneos de las gentes de bien. Normal; para un escritor instalado en el éxito, los honores y la devoción del gran público- traducida esta última en succulentas ganancias- es una apuesta segura que evita correr el menor riesgo. La fórmula literaria carga las tintas y se recrea una y otra vez en las innumerables truculencias de todo tipo, téticas pero irresistibles para el común de los mortales, preferentemente las sexuales asociadas a la violencia sanguinaria en un binomio complementario de sangre y semen, que hace las delicias del lector corriente, estremecido y horrorizado, pero a la vez fascinado por la diabólica bestia que tiene enfrente. El autor no defrauda y disecciona hasta la última víscera física y mental la psicopatología del monstruo. Todo expuesto con unas herramientas literarias que combinan la narración clásica de toda la vida -la novela realista francesa del XIX a la que tanto debe, sobre todo a Flaubert- con técnicas literarias de vanguardia, eso sí, en las dosis adecuadas que es capaz de digerir sin empacharse el lector de no muchas capacidades, pero con la mínima vanidad para considerarse persona culta y sofisticada, capaz de hincarle el diente a las modernidades literarias y artísticas o por lo menos así lo cree. Halagar la vanidad del lector suele funcionar.

El resultado salta a la vista; la novela entretiene, tiene una evidente capacidad de enganchar hasta al público más escéptico atrapado por una avalancha de trucos e ingeniosas artimañas que exigen una sobrehumana personalidad para zafarse de ellas. El éxito es total y el autor coloca otro de los peldaños que, pasado el tiempo, le llevan a las cumbres supremas de los honores humanos, esos premios no por degradados y prostituidos menos impactantes para la papanatería de nuestra atribulada especie. Ahora bien, todo tiene un precio: el entretenimiento, los beneficios y las condecoraciones que relucen en la solapa ocultan el vacío y la inutilidad de una obra perfectamente prescindible que ni enriquece ni espabila, que promueve la ignorancia y necesidad de las personas más allá de una fácil y comodona erudición que no va a pasar de cotilleos genitales. Todavía peor: actúa como un potente narcótico que seda las mentes y les dota de una espuria y tontorróna felicidad. ¡Qué malos y depravados son los dictadores! (expresión modélica de vulgaridad y cabeza enteramente hueca) ¡Qué horror! Pero por suerte, tanta maldad es sólo responsabilidad de un psicópata, canalla, malnacido al que se elimina y punto (lo cual por desgracia, como nos cuenta don Mario es difícil por la estupidez y cobardía humana, ¡Cómo no!). ¡El chivo expiatorio perfecto al que cargar con toda la responsabilidad colectiva, él solito asesinaba, mataba, vigilaba, recaudaba los impuestos, un coloso, un portento este dictador, una divinidad ubicua que todo lo ve!

Y mientras vivimos tan felices, el huevo de la serpiente se incuba a la espera de su oportunidad, incluso en estas sociedades tan modélicas y perfectas que llamamos democráticas hasta el día del juicio.

En la novela el dictador es el alfa y el omega, todo está en él y todo lo contiene. Al autor le atrae y trata de construir un personaje creíble, humanizado, lo cual primero es un recurso tópico y desgastado y además importa poco. Es muy comprensible. Trujillo es un personaje fascinante, un chollo para cualquier novelista con unas posibilidades casi ilimitadas. Pero hay algo más. Aparentemente la trayectoria ideológica del peruano dio un giro espectacular desde el estalinismo en su versión caribeña al liberalismo más pulcro y elegante- e intelectualmente europeo y, sobre todo, anglosajón. En realidad es un cambio más aparente que real: Vargas Llosa, aparte de un teórico atolondrado oportunista e incapaz desde el punto de vista político, ha sido y será un representante de la burguesía que se adapta a muy diversos mimetismos ideológicos que encubren unos conceptos básicos y elementales como el capital, trabajo asalariado, y sobre todo el pueblo y la patria como aspiraciones de unas burguesías latinoamericanas eternamente frustradas. Como buen burgués Vargas Llosa comprende una verdad tan contundente como incómoda y frustrante: en caso de amenaza para el orden social el recurso a un carnicero que salve a sangre y fuego este orden social resulta imperioso e inevitable. El dictador no es sino la personificación de un régimen de emergencia que sirve para defender los intereses de una clase dominante amenazada o de otra en ascenso histórico que debe recurrir a un poder fuerte que destruya todos los obstáculos que se interpongan en su camino. Por encima del dictador de turno está la dictadura soportada a su vez por una clase estamento o grupo. Las quejas de individuos como Vargas Llosa hacia las dictaduras tienen mucho de hipocresía, aunque también se debe entender que éstas cercenan salidas “profesionales” para la pequeña burguesía intelectual como sus carreras políticas o impiden la libre publicación y expresión, a no ser que uno se integre en la corte de aduladores plumíferos del sátrapa, cosa, que, por cierto, no ha sido una rareza

Con este planteamiento son tan inútiles los retratos psicológicos del dictador como bucear en su carácter, taras y manías. Como recurso literario es pasable, desde el punto de vista psicológico tiene el mismo valor que la psicología de cualquier individuo. Como herramienta de interpretación histórica – política es completamente inútil, no sirve para entender nada o como mucho aspectos secundarios. En todas las épocas han existido individuos psicópatas, dementes egocéntricos y con otras patologías mentales. Por supuesto sólo un número ínfimo han llegado a ser dictadores; son las condiciones objetivas las que crean al dictador y no al revés y cuando estas cambian la dictadura se convierte en un incordio, un estorbo y por tanto sus días están contados. En este sentido Trujillo no es una excepción. Pese a que Vargas Llosa se ha tragado la propaganda del chivo, la República Dominicana no se creó de la nada a partir de tan colosal personalidad. Antes de los años treinta era una sociedad compuesta en la cúspide por una élite de terratenientes plantadores y una burguesía intermediaria de comisionistas, ambas muy conectadas con el mercado mundial, lo que en el área del Caribe equivale a Estados Unidos. En la sociedad dominicana, por otra parte, pese a la desestructuración y el desquiciamiento persistían instituciones sólidas y vertebradoras- a su manera- como la Iglesia católica y un sector del ejército. A esta clase y a esta institución que sirvió Trujillo por mucho que se carguen las tintas en el adanismo más tontorrón. ¿Por qué caen las dictaduras y los dictadores? A partir de un cierto momento se convierten en un obstáculo para el normal desarrollo de una sociedad y un estado, las circunstancias externas pueden cambiar y pasar a ser desfavorables. Son caras ya que

obligan a mantener un costoso aparato represivo, que a la larga no garantiza tampoco la ausencia de oposición. Por otra parte, las dictaduras practican un fuerte nacionalismo económico que a partir de cierto límite supone un obstáculo a la penetración económica de las potencias imperialistas, insaciables en la búsqueda de mercados. Se ve muy bien en el caso de Trujillo, que se puso en pie una base industrial y empresarial, que para la miopía de Vargas Llosa no va más allá de los chanchullos y compadreos de la familia. Por cierto, que tanto Trujillo como sus sucesores concibieron un proyecto económico que trataba de industrializar la República Dominicana aprovechando sus ventajas comparativas de los bajos costes salariales, una especie de Singapur caribeño, lo que no llegó a cuajar evidentemente. La facilidad o dificultad de su caída depende de factores objetivos y no de sus capacidades malignas. El que un tipo tan estrafalario como Gadafi aguante contra viento y marea en el poder con los consecuentes quebraderos de cabeza, mientras que uno más “normal” como Mubarak cayó en unas semanas se debe no tanto a las capacidades asesinas sino a factores como el apoyo social o la actitud de las grandes potencias

Antes hemos hablado de la inutilidad del análisis psicológico para entender la lógica de los dictadores. Para empezar no existe un perfil psicológico único y universal del tirano, sino que este es sumamente versátil y adaptable a las circunstancias. En el caso de Trujillo se machaca en su faceta de depredador sexual como expresión genuina de un poder omnímodo, rasgo que por otra parte es totalmente inútil para entender su dictadura. Pero este es un rasgo muy raro y excepcional que se explica por el carácter primitivo y arcaico de la sociedad dominicana, profundamente patriarcal y donde la mujer es una posesión absoluta del varón. Se ha aludido al sempiterno machismo latinoamericano como una explicación cómoda. No resiste un mínimo análisis. Los carniceros que sembraron la muerte y el terror en el Cono Sur americano durante los años 70 fueron de una sexualidad discretísima como Videla o fueron apasionados fieles y devotos esposos como Pinochet al que las inevitables malas lenguas misóginas describen como un juguete de su esposa doña Lucía. Es perfectamente entendible que en sociedades más urbanas y avanzadas como la argentina y la chilena el erotismo desenfrenado no funciona para la imagen pública del dictador. Es decir, lo que en un ambiente fortalece al dictador y su imagen en otro le debilita. En la República Dominicana el dictador puede y quizás deba ser un copulador frenético, lo que no puede ser es maricón o afeminado, se convertiría en el hazmerreír de todo el mundo. Pero por lo general los dictadores suelen ser más bien asexuados o de perfil bajo, aunque sólo porque de puertas abiertas encarnan el orden y la moral.

El carisma y la arrolladora personalidad del dictador es otra fábula, útil, eso sí, para facilitar el dominio y como consuelo de los dominados. En realidad el carisma es más una consecuencia de la dictadura, de su aplastante aparato de propaganda que una causa de esta. En realidad los dictadores en su mayor parte destacan por su mediocridad y una grisura a veces patética, lo que lejos de ser un inconveniente es frecuentemente un activo en las luchas por el poder que se desatan en el origen y el desarrollo de la dictadura. Es una constante a lo largo de la historia. El colapso definitivo de la República Romana en el S I. a. C. elevó al poder absoluto no a los brillantes Antonio, César o Pompeyo sino al insulso y mediocre Octavio cuyo aval inicial no era otro que ser el heredero de César. Hitler, coloso de la maldad, fue toda su vida un fracasado, un payaso patético e histriónico que llegó al poder como herramienta de las urgencias bélicas del capitalismo alemán. A Stalin Trotski le aplicó la definición del agua “inoloro, inodoro e insípido”, un obtuso organizador burocrático del partido, pero precisamente por eso llegó al poder al fusionarse partido y estado. Y qué decir de

nuestro Francisco Franco. Toneladas de historiografía oficial y mala literatura nos han convencido de su ilimitado poder y control absoluto de señor de horca y cuchillo, cuando no era más que un ser mediocre, dúctil y manejable por los verdaderos poderes de la clase propietaria. De esta radiografía se salvan muy pocos, quizás Cromwell o Napoleón, pero estos son el resultados de violentas y profundísimas transformaciones sociales que crean condiciones totalmente nuevas. No, la imagen del dictador como gigante todopoderoso de las fuerzas del mal no es sino leyenda fábula de pesadilla, pero eso sí, muy útil, al personalizar el odio y el resentimiento de los oprimidos y perseguidos.

Siguiendo con las necedades al uso cuando se habla de este tema no pueden faltar las valoraciones morales. ¡Las dictaduras son malas! Frase hueca, pomposa, vulgar y cursi para el consumo y tranquilidad de simples. Para empezar en la realidad histórica no existe el bien o el mal absoluto ni el interés general, por mucho que se esfuercen las innumerables legiones de predicadores. La Historia no se mueve por conceptos éticos y morales absolutos. Existe el bien o el mal para las clases, y el bien o el mal es el interés de clase, en una palabra, las dictaduras son buenas necesarias o el mal menor para algunos, los que se benefician de ellas, las que las utilizan para mantener sus intereses. Son malas para los que soportan las draconianas condiciones que implantan. Desde un enfoque histórico quizás se debe hablar de dictaduras regresivas que sirven para conservar las condiciones socioeconómicas dadas o progresivas cuyo objetivo es consolidar y desarrollar conquistas de procesos revolucionarios. Pero eso es otra cosa que no tiene nada que ver con la moral ni la ética.

Se puede poner encima de la mesa el tema de la violencia y la represión, prácticas que se identifican plena y absolutamente con las dictaduras. En realidad las democracias pueden ser tan violentas, agresivas y asesinas como las dictaduras y, lo que es más temible, más eficientemente persuasivas de las masas en el uso de la violencia. Lo que sí es verdad es que el objetivo de la violencia se aplica no tanto hacia adentro sino hacia afuera, hacia otros pueblos y comunidades. En realidad la democracia con toda su liturgia de elecciones, parlamentos, libertades es un medio, no un fin en sí mismo. La condición *sine qua nom* para una democracia estable es la existencia de una base material sólida que garantice un mínimo nivel de bienestar para amplias capas sociales no a todos, ni siquiera a la mayoría, pero sí a un número mínimo al que se puede integrar en el sistema para descabezar al resto. El problema es que esta premisa choca con la lógica de los sistemas socioeconómicos que se han sucedido a lo largo de la historia, basados en la explotación de la mayoría por la minoría. La única salida es el imperialismo, la explotación económica de otras comunidades. La libertad que se concede en casa se soporta con la esclavitud de los de fuera. La democracia ateniense cuna de tantas cosas e hito de la humanidad se basó no sólo en el trabajo de los propios esclavos, la exclusión de mujeres y *metecos* (extranjeros que efectuaban trabajos tan esenciales para la economía como la cerámica exportada a todo el Mediterráneo) sino sobre todo en una opresión despiadada de un imperio colonial de pequeñas polis griegas del Mediterráneo oriental. Basta leer a Tucídides para ver cómo se las gastaba Atenas cuando se ponía en duda su poder, cómo trató a la diminuta isla de los melios a la que impuso o la sumisión absoluta o el exterminio. Las siguientes experiencias democráticas de la Historia no hacen sino corroborar el precedente ateniense: Inglaterra o Francia soportaron su democracia en la explotación de millones de seres por medio de enormes imperios coloniales creados no con besos y dulzura sino a cañonazos. En Estados Unidos la profundización de la democracia americana consumada en la primera mitad del siglo XIX se hizo desde el sur, reformas democráticas efectuadas por los blancos

esclavistas: libertad y esclavitud lejos de ser antagónicas son un binomio inseparable, la una no puede existir sin la otra.

Durante la Primera Guerra Mundial, ante el deleznable espectáculo de unos partidos socialistas que en casi su totalidad se habían sumado con entusiasmo a la guerra y la carnicería con fidelidad absoluta a sus respectivos gobiernos, Lenin escribió: *“la gigantesca superganancia de los imperios coloniales permite corromper a los dirigentes obreros y a la capa superior de la aristocracia obrera. (..) Esta capa de obreros aburguesados o de aristocracia obrera enteramente pequeñoburgueses por su género de vida, POR SUS EMOLUMENTOS y portada su concepción del mundo es el principal apoyo social de la burguesía” (El imperialismo fase superior del capitalismo. 1916)*. Esta era la base material de la modélica democracia occidental: el yugo colonial e imperialista, que se continuó indirectamente desde la Segunda Guerra Mundial

Es un dogma unánimemente aceptado que la democracia no tiene vuelta atrás, que es el fin de los tiempos, la culminación definitiva de la historia universal. No es sino un planteamiento idealista, un pío deseo alejado de la realidad. En realidad la base material de la democracia en el llamado mundo occidental se está resquebrajando a marchas forzadas. La irrupción de nuevas potencias económicas implica una feroz competencia por los mercados, un combate permanente por la “competitividad” que se descarga sobre los trabajadores, una lucha implacable por los cotos de caza tradicionalmente controlados por los europeos. Los actuales rifirrafes del mundo árabe descansan sobre estas exigencias una guerra de todos contra todo por el reparto de un botín que hasta entonces era casi exclusivo de las “democracias”. En estas condiciones el reparto se reduce se endurecen drásticamente las condiciones de vidas y las ilusiones de la pequeña burguesía y la aristocracia obrera se desvanecen sin remedio. La democracia es inviable.

Síntomas de todo esto son ya evidentes para cualquiera que sea capaz de observar. Los populismos autoritarios, los demagogos extravagantes, la legión de histriónicos que irrumpen en la política europea y estadounidense, los Sarkozy, Berlusconi, Palin y otros aspirantes por lo menos a minicaudillos, son síntomas de una enfermedad más profunda. Pero claro, como siempre vamos a los personajillo y sus tribulaciones a sus pequeñas miserias convertidas de velinas, queridas y rebuznos convertidos en espectáculo de masas. Puro humo que se nos arroja a los ojos para cegarnos, más chivos expiatorios a los que se les dará la patada en el trasero cuando hayan cumplido su ciclo. Mientras tanto la bestia de la dictadura ya afila sus armas. Porque como dijo el poeta estos no son tiempos amables y nunca lo serán si no los hacemos y eso pasa por el conocimiento real, no los entretenimientos y pasatiempos.